

APUNTES SOBRE LA POESIA HEBREA

(Estudio para el doctorado en filosofía y letras en el Colegio del Rosario)

Se atribuye a Grecia el honor de haber implantado en el mundo el imperio de la belleza, de haberle erigido el primer altar, de haberla vestido con la soberana pompa de su idioma y de sus artes, de haber legado a Roma, y por ella al mundo, las leyes fundamentales de todas las producciones artísticas; se la llama madre de la belleza, su primera cuna y su primera nodriza. Y es verdad que Grecia enseñó al mundo las artes, que ella expresó la belleza con la impecable corrección de sus liras y sus cinceles; pero no están en Grecia los mejores modelos; y joyas literarias más preciosas que las páginas de los clásicos se encuentran en otro libro, de remotísima antigüedad, escrito en un idioma exótico para la Grecia y para nosotros, pero en cuyas páginas está la belleza retratada con menos artificio y en conceptos más sublimes; en él están sus más puras fuentes, es su mejor cofre, sus fulgores eclipsan las glorias de Grecia y Roma.

Y cómo no había de ser, siendo su autor causa de toda belleza y belleza suma? Las artes han nacido de la religión, y en la religión alcanzan su más alto esplendor; los primeros edificios artísticos fueron templos, las notas primeras de las liras fueron himnos de adoración y súplica porque, *Musa dedit fidibus divos puerosque deorum referre* (1), y el Artista supremo que dio a los hombres el instinto del arte como brote natural de espiritualidad y emblema de lo inmortal, que le enseña la estética en la armonía del desarrollo de la naturaleza, ¿qué no daría en su palabra directa, en su

(1) Horacio.

testamento sagrado, pleno de amor, cuando se propone dar a conocer la extensión de sus atributos? Por eso dice Salomón que la Biblia «sale de la boca del Altísimo como un vapor, como una emanación sincera de la claridad de Dios omnipotente» (1); por eso no puede compararse su inspiración a la de las musas del Parnaso: no es sólo joya literaria de los hebreos sino guía religiosa del mundo y el mayor monumento literario que posee la humanidad.

En su meditación se han formado las almas nobles, su estudio ha hecho de los santos Padres prodigios de ciencia que no hicieron sino mostrar al mundo la luz divina de este libro; en él los mártires templaron sus almas para el sacrificio; por él se levantaron los santos hasta Dios; sus sentencias iluminan el entendimiento con fulgores divinos y llenan los corazones de paz y de amor; con ellas los apóstoles convirtieron al mundo; en ellas está el fallo último de toda cuestión; allí se escuchan en la tierra los acentos del cielo.

Pero aquí no vamos a entrar en las claras regiones de su luz indeficiente, sino procuraremos admirar sus bellezas literarias puramente humanas: no entraremos al palacio sino observaremos los primores de sus adornos exteriores; porque en las divinas letras el vestido con que se presenta la verdad eterna a los mortales, aunque deja ver la gracia y brillo de las ideas divinas, es sin embargo de brocado recargado de pedrería.

Nada nuevo queremos decir de la Sagrada Escritura porque es presunción agregar una sílaba a lo que los santos padres han dicho, y la fe intangible de la Iglesia no permite la innovación ni de una tilde; y el juramento que dimos en nuestra ordenación sacerdotal no nos permite sino recibir el legado santo de la tradición.

(1) Sabiduría, VII-25.

No se trata sino de cumplir el precepto de Jesucristo: «Estudid las escrituras porque en ellas está la vida eterna» (J. V-36). Y lo haremos con el respeto que merece «la carta de Dios omnipotente a su criatura,» como la llamó san Gregorio Magno, porque «de aquella ciudad hacia donde vamos peregrinando nos han llegado cartas» (san Agustín); respeto que la Iglesia católica ha manifestado siempre desde sus comienzos: los primeros cristianos en las catacumbas, sobre el altar tenían dos nichos iguales: el uno guardaba al Verbo de Dios hecho carne en la Eucaristía, para el Verbo de Dios escrito en el volumen sagrado era el otro.

CAPITULO PRIMERO

PARTICULARIDADES DE LA POESÍA HEBREA

I. *Idioma*—Es el idioma hebreo el primer manto de púrpura que usó el pensamiento divino al presentarse entre los hombres; más sencillo que el peplo con que Grecia adornó a sus diosas, pero no menos rico, deja ver toda la sublimidad de la belleza, no impide el atrevido vuelo de la poesía y el derroche abrumador de sus riquezas de que tan pródiga es la Escritura. Carece el hebreo del artificio de las lenguas modernas, pero su gramática es más lógica y natural, tiene menor número de raíces, pero de cada una saca todo género de palabras y tiene modos maravillosos de graduar la intensidad del sentido en sustantivos y verbos. El carácter de su gramática la hace la lengua más propia para ser el idioma de Dios; pues así como los profetas suelen confundir la historia con la profecía y agregar la una a la otra sin distinción, y contar lo futuro como sucedido, así también encontramos que en la conjugación hebrea no hay más que dos tiempos que son el pretérito y el futuro, que en muchísimas ocasiones se usan

uno por otro y se confunden (1), lo que hace a esta lengua propia para ser el lenguaje de Dios que habla desde la eternidad; para expresar las leyes del Señor que no se limitan con el tiempo; para ser la lengua de los profetas que todo lo ven desde la eternidad, lo mismo lo presente o pasado que lo futuro: es la lengua propia para la promulgación de la ley eterna.

Al considerar los originales de la Escritura resulta una coincidencia curiosa: en sus originales está el Antiguo Testamento en hebreo, que se escribe de derecha a izquierda y cuyas hojas se pasan de izquierda a derecha; y el Nuevo está en griego que se escribe en el orden en que nosotros escribimos. Colocados los dos libros el uno junto del otro, comienzan por fuera para terminar en el centro; ambos miran a Jesucristo uno por un lado y otro por el otro cronológicamente, pues uno lo ve en el futuro y el otro cuenta su historia; son pues los dos testamentos como los ángeles del arca de la alianza que estaban uno frente de otro mirando al propiciatorio, que según san Juan «es Jesucristo.» El Antiguo comienza: «En el principio» y el Nuevo ordenado cronológicamente empieza por san Juan: «En el principio» y Jesucristo dijo: «Yo soy el principio.»

II. *Estilo*—Es muy particular el estilo de los libros sagrados y tiene caracteres que son generales a todos los escritores hebreos, lo que contribuye grandemente a la unidad de la Biblia. En primer lugar su estilo es

(1) El pretérito indica un suceso pasado o que con seguridad se *realizará* y expresa el condicional y subjuntivo; el futuro tiene el sentido del nuestro, pero sirve también para expresar la repetición de un acto en cualquier tiempo y suple lo mismo que el pasado el modo subjuntivo. Además la conjunción copulativa convierte el pretérito en futuro y viceversa. El presente se expresa por el participio, que sirve también para el pasado y el futuro perfectamente.

de incisos cortos separados completamente, propios para las máximas breves y concisas de Salomón y para la legislación de Moisés; pero lo emplean también para historia, para la lírica y se usa en todo género de escritos hasta la decadencia literaria, en que la influencia griega hizo variar el carácter peculiar de la edad de oro de las letras hebreas, como se nota en los libros de los Macabeos, en que el autor confiesa haber empleado mayor estudio literario.

Otro carácter propio de esta literatura, que es común a todas las orientales, es la exuberancia y riqueza de imaginación, de donde resultan las figuras exageradas, el desorden de la lírica, las hipérboles y las comparaciones arriesgadas y el resentirse toda la literatura, y sobre todo la poesía, del lujo y opulencia que usaron en palacios y templos. Si se habla de Dios se dice que usa la luz como su vestido propio, extiende los cielos como una tienda portátil, hace subir al sol del tálamo de la aurora como un gigante que se apronta a realizar sus hazañas, ordena el ejército de las estrellas y manda a la luna que señale los tiempos. Coloca al mundo en sus cimientos y apenas creado hace con él como las madres con sus hijitos, que los envuelven en pañales: Dios lo envuelve en nubes. Enfurece al mar y se burla de él y lo aprisiona entre arenas y le pone diques y puertas. Cuando quiere trastorna los elementos y cabalga sobre las plumas de los vientos, pone su tienda sobre la oscuridad de los cielos, encima de las nubes tempestuosas, y son los rayos las chispas de su carro y el fulgor de su mirada; a su paso se inclinan los collados, tiembla la tierra y humean los montes... Si David habla de sus enemigos quiere que desaparezcan como el polvo de las plazas que arrebató el viento, que como inmundo lodo sean hollados, que como se derrite la cera puesta al fuego, así desaparezcan ante la presencia del

Señor; pide a Dios que ponga al demonio sobre ellos Y sus obras, que sus hijos mendiguen y sean arrojados de todas partes, que sus trabajos los aprovechen otros, que nadie se compadezca de ellos, que la maldición los cubra como un vestido que nunca se puedan quitar y que penetre sus huesos, que nunca se borre la infamia de su madre y la vergüenza sea su vestid@ y la humillación su capa, que su oración se CQnvierta en pecado, Y llega a desear en su indignación lavar sus manos en la sangre del pecador. Cuando habla de la misericordia compara a Dios con un padre que se compadece de sus hijos, así el Señor de los que le temen, porque él conoce c,smo estamos formados y se acuerda de que somos polvo; por eso perdona nuestras maldades y sana nuestras debilidades, nos redime de la muerte y nos corona de misericordia y de piedades, compasivo .Y misericordioso, magnánimo y de mucha bondad. Su misericordia está de una a otra eternidad, y es más grande y portentosa que todas sus obras.

En los remotísimos tiempos en que se escribió este libro, la poesía no tenía al vers por carro de fiesta, por vestidura ordinaria, y brillaba sola sin necesitar ese aderezo de p drería. En la forma exterior no se distinguió al principio de la prosa, después algo se diferenció pero nunca conoció el hebreo la distinción entre la prosa y el verso, que introdujeron los clásicos. No es la poética de Aristóteles la única norma de toda poesía y no pierden nada de su magnificencia los poemas bíblicos por no estar sujetos a estas normas que sólo el uso hizo indispensables. Además la imaginación oriental los hacía pasar de la historia al himno, del precepto descarnado a la súplica, de la imprecación dirigida al pueblo a la profecía más elevada y misteriosa, de la descripción de la naturaleza o de la ley al más sentido lirismo.

Algunos como Josefo y San Jerónimo (1) pretendieron encontrar en el verso hebreo rastros de la medida clásica como si' no fuese posible otra manera de versos, y aunque en grandes trozos encontraron otra clase de metro, medían por cantidades, para sacar alguna regla que hoy parece imposible aplicar, salvó raras excepciones. Otra opinión considera el verso hebreo de la estructura del nuestro, constituido por el número de sílabas; en prueba de esto muchos de los salmos, varios capítulos de Job y todo el libro de los Proverbios están en heptasílabos, que a veces se combinan con otros números. En el Pentateuco, también se encuentra alguna vez, pero ésta tampo,co es la regla general; puede decirse que en el verso buscarab1 alguna medida, a veces la de las sílabas, a veces la armonía de los períodos y versículos de una manera parecida al modo como Cicerón medía su prosa y le daba esa armonía que le es tan peculiar, o más bien como los versos saturninos anteriores a Livio Andrónico.

Sin embargo es evidente, que existe el verso en hebreo, sea cual fuere su medida; esto lo prueban el paralelismo, los acrósticos, etc.

Acostumbraron los poetas hebreos dividir sus cantos en es_trofas, cada una de las cuales era la paráfrasis de un verso o el desarrollo de una sola idea; separadas por la diferencia de pensamiento o por el estribillo, o por algunas señales 1,10 bien conocidas.

Usan a veces la r_ima, más por capricho que por regla general; se encuentra a veces la repetición arbitraria de un sonido, como la sílaba *nu* en las lamen-

(1) En el prefacio al libro de Job, dice: •Hexametri versus sunt, dactilo espondeaeoque currentes, et propter linguae idioma, crebro recipientes et alios pedes, non earumdem Hylabarium sed eorumdem temporum. Interdum quoque rhythmus ipse dulcis et tinnulus fertur numeris lege metri solutis. •

taciones de Jeremías, que simula una especie de asonancia. Los poemas acrósticos con el alefato eran una forma solemne de la lírica.

Como la Escritura no es patrimonio de un pueblo ni joya de un idioma, sino mensaje de Dios a todos los hombres de todas las razas y tiempos, la poesía hebrea no tiene una rima y métrica tan exclusivista como las otras literaturas; allí se riman las ideas, para que la traducción no mengüe su belleza, ni ésta se halle incluida en la forma métrica. Es el paralelismo como un balanceo de la idea en que cada pensamiento vuelve sobre sí mismo, es un flujo y reflujo en que las mismas olas repiten la embestida, es un eco de las ideas propicio a la meditación, insinuante y persuasivo, que se hace a veces por la repetición de la idea en el mismo sentido como vemos en el salmo II:

Por qué bramaron las gentes
y los pueblos meditaron cosas vanas?
Se pusieron en pie los reyes de la tierra
y se mancomunaron los príncipes
contra el Señor
y contra su Cristo.

Rompamos sus ataduras.
y sacudamos de nosotros su yugo.
El que habita en los cielos se burlará de ellos
y el Señor los escarnecerá.

Entonces les hablará El en su ira
y los conturbará en su furor.

Otras veces el paralelismo se hace por medio de antítesis.

Los que abandonan la ley, alaban al impío,
los que la guardan, se enardecen contra él.
Los hombres malos no piensan en el juicio
mas los que buscan al Señor, lo advierten todo

Mejor es el pobre que anda en su sencillez,
que el rico en caminos perversos.

(Proverbios xxvm-4)

Otras veces el paralelismo consiste en una síntesis que se hace al fin de cada estrofa de lo que en ella se dijo. El salmo 105 tiene paralelismo Sintético Y antitético a la vez porque va haciendo un parangón entre los beneficios de Dios y los crímenes del pueblo.

Con el paralelismo se hacen combinaciones ingeniosísimas en que se imitan los cuartetos y tercetos, etc.

Mejor es la corrección manifiesta,
que el amor escondido.

Mejores son las heridas del que ama,
que los ósculos fraudulentos del que aborrece.

(Prov, xxvii 5-6).

CAPITULO II

SÁLTERIO

El rey Saúl sufría una horrible melancolía, lo dominaba una tristeza desesperada, y el abatimiento de su alma llegaba hasta el frenesí, «le atormentaba un espíritu malo por permisión del Señor,» a causa de haberle intimado Samuel en nombre de Dios que sería despojado de su reino por haberse ensoberbecido demasiado con sus victorias sobre Naas, rey amonita Y sus triunfos sobre filisteos y amalecitas. Sus cortesanos y servidores se alarman, no encuentran remedio, nadie hay capaz de mitigar los excesos de la melancolía y furor del rey; se consterna el palacio y no se ve esperanza de calmarlo. Recuerda entonces alguno el poder de la música, resuelven buscar a alguno que sepa de tal modo tocar el arpa, que su melodía domine al rey en su extrema turbación. Es ya conocido un joven de próxima región y se espera que su música

distraiga y tal vez calme al rey. Van los comisionados reales hasta Belén a buscar a la familia de Isai tras el pastorcito de quien se dice que tiene una destreza en tañer el arpa como no hay semejante en Israel, prudente en sus palabras, gallardo en su aspecto, bello en su porte, con quien está el Señor. «Cuando los excesos de furor quitaban la razón a Saúl, tomaba David el arpa y tañía con su mano, y Saúl recobraba la calma y quedaba bien» y las delicias de aquella música al embargar su alma disipaban las sombras de la melancolía. Ese canto embriagó después a Israel desde el trono real y hasta hoy llena de armonías al mundo.

No haremos aquí sino rendir nuestro tributo de admiración al excelso vate de Sión, rey de Jerusalén y de la lírica. Si todas las edades han admirado las galas soberanas del profeta rey, por qué no hemos de tomar nosotros también el libro sagrado no sólo para alabar a Dios, sino también para sentir la emoción de sus poesías!

Ya Josefo con los comentadores hebreos, San Jerónimo con los Santos Padres, Belarmino y mil otros explicaron su sentido literal, sus alegorías, interpretaron sus profecías y quitaron toda esperanza de agregar una palabra en su explicación o alabanza.

«David, dice San Jerónimo, es nuestro Simónides, nuestro Píndaro y Alceo y es Horacio y Catulo y Sereno.»

Es David el más grande de los poetas líricos. Porque si los más bellos ingenios han logrado arrancar a sus lirás ecos de su corazón y han alegrado a otros con sus propias alegrías y han arrancado suspiros por su propio dolor y los han escuchado los amantes de la poesía, a veces una ciudad, una nación, David conmovió a su pueblo, encontró eco en todos los oyentes, hizo vibrar todos los corazones al unísono de

su arpa y de generación en generación se oyen sus notas en todos los pueblos, en todos los idiomas y en todos los tiempos.

Más de treinta siglos há que este libro hace estremecer al mundo, porque están en él todos los sentimientos humanos: allí se sienten mejor que en cualquier otra parte las ternuras del amor, los excesos de la ira, la amargura del arrepentimiento; allí está la única alabanza digna de Dios, allí la oración rendida y humilde, allí el vituperio y las más terribles execraciones; allí el patriotismo más puro, la amenaza, el lamento del arrepentido, las más estupendas profecías; es el más divino de los poetas, el más humano de los libros divinos.

Los salmos de David son como el viento
Que apacible y sutil el campo oreá,
Grana la mies y en melodiosas arpas
Los corpulentos árboles convierte,
Mas luégo fiero y desatado troncha
Los más robustos troncos, las campiñas
Y los poblados tala, hincha los mares
Revolviendo las olas y el espacio
Con sus bramidos espantosos llena.
También el canto del salterio enjuga
El lloro acerbo, vierte en las heridas
Consoladores bálsamos, conforta
Al débil, da vigor al oprimido
Y al enfermo salud. Mas ay, si estalla
En sus tremendas notas el enojo!
Ay, si el céfiro blando se transforma
En huracán desenfrenado! Entonces
Abate a los soberbios, aniquila
La maldad orgullosa y hasta avienta
El olvidado polvo de las tumbas!
Oh canto de piedad y de castigo!
Por tus sacros versículos parece

Como que escucha el ánimo suspenso
 Rodar todo el estrépito del mundo:
 Tronos que se desploman, muchedumbres
 Que arrastra la pasión, sordos rugidos
 De la plebe sin Dios, desesperadas
 Blasfemias, estertores de la muerte.
 Todo en el arpa del profeta vibra!

(Núñez de Arce).

Es David el más perfecto lírico, porque vivió en todas las condiciones humanas: fue pastor, palaciego y rey; vivió en el campo, en la ciudad, en el templo, en el ejército; saboreó las delicias de la tranquilidad y de la gloria y las amarguras del temor y la deshonra; triunfó y fue derrotado; tuvo aduladores y servidores y sufrió persecución de amigos y parientes. Por eso encontró en su salterio todas las cuerdas de todos los sentimientos. Es el poeta que usa mayor variedad de tonos: unas veces es su canto lúgubre y sombrío, como cuando describe la pasión, cuando se oyen los ayes lastimeros con que implora indulgencia por sus propias caídas; otras se viste de gloria como cuando canta la epopeya de su pueblo o los triunfos del Salvador; es solemne cuando alaba al justo, terrible cuando increpa al pueblo, cruel cuando maldice, tierno cuando consuela, grande y sublime siempre.

No es poeta personal como los demás líricos, es el corazón de la humanidad el que vibra en su instrumento, cada hombre encuentra allí toda su alma, todos los sentimientos están retratados.

Además, a la inspiración humana que lo hizo poeta, se unió la divina que lo hizo profeta, y hasta tanto llegó que parece que él mismo no acertara a distinguir cuándo cantaba como hombre y cuándo estaba revelando los arcanos de la divinidad, y mezcla la oración con la pro-

fecia, y refiere a su propia persona ya las ignominias de la pasión, ya las glorias de la resurrección.

Por su forma son los salmos odas perfectas, himnos de corte muy semejante al clásico. Con frecuencia se ven en él los desórdenes líricos de Horacio y Píndaro, pero en general en cada salmo desarrolla una idea o un grupo de ideas que le dan perfecta unidad a pesar de la locura de la imaginación oriental.

Los temas generales de la poesía son el hombre, la naturaleza y Dios. David en estos tres campos se muestra insuperable soberano de la armonía, incomparable derrochador de galas poéticas.

El corazón humano con sus grandezas y debilidades está tan abierto en los poemas del profeta que no ocultó secreto ni supo callar nada de cuanto se esconde en el fondo de nuestra conciencia, porque quien se lo inspiraba no era otro que el autor de ese corazón tan complicado y misterioso. Por eso nos oímos todos en los salmos, vemos en ellos nuestras almas. Allí están los ecos de nuestros sollozos, las expansiones de nuestra alegría, el reproche de nuestras bajezas, la alabanza de nuestras buenas obras. Para ver qué tan humano era David basta recordar su amistad con Jonatás. «Acaeció que el alma de Jonatás se ligó estrechamente con el alma de David e hicieron alianza, porque se amaban como a su propia alma.» Esta amistad obligó a Jonatás a darle sus vestidos y armas, a salvarle la vida de las cóleras de su padre, e hizo que a la muerte de Jonatás prorrumiera David en aquel himno fúnebre en que muestra su corazón destrozado y su alma lastimada, y mezcla sus sentimientos personales con los patrióticos y la virtud lo eleva al heroísmo de confundir en un mismo lamento a su amigo con su perseguidor, al que lo buscó para matarlo con él que siempre lo salvó: «Considera, Israel, que tus inclitos murieron sobre los

montes, no déis la nueva en Geth, ni lo publicuéis en las plazas de Ascalón, porque no se alegren las hijas de los filisteos, ni hagan fiestas las hijas de los incircuncisos. Montes de Gelboé, ni rocío, ni lluvia vengan sobre vosotros; porque allí fue abatido el escudo de los valientes; Saúl y Jonatás amables y de buen parecer en su vida, en la muerte tampoco se separaron: más ligeros que las águilas, más fuertes que leones. Duélome por tí, oh hermano mío Jonatás, hermoso sobremanera, y amable sobre el amor de las mujeres, como una madre ama a su hijo único, así te amaba yo. ¡Cómo cayeron los fuertes y perecieron las armas guerreras!»

Desde la terraza de su palacio contemplaba el rey poeta el espectáculo de un hermoso panorama: la ciudad sagrada al pie de la ciudadela de Sión, con los comienzos y preparativos para la construcción del único templo que en la tierra se levantaría al Dios Verdadero; a lo lejos las montañas que rodeaban la ciudad y le servían de muro, y el cielo limpio con toda la magnificencia de su domo azul y por la noche:

Los cielos dan pregones de tu gloria,
Anuncia el estrellado tus proezas,
Los días te componen larga historia,
Las noches manifiestan tus grandezas.
No hay habla, ni lenguaje tan diverso,
Que a aquesta voz del cielo no dé oído,
Vuela esta voz por todo el universo
Su són de polo a polo ha discurrido.
Allí hiciste al sol rica morada,
Allí el garrido esposo y bello mora,
Lozano y valeroso su jornada
Comienza y corre y pasa en breve hora.
Traspasa de una a la otra parte
El cielo, y con su rayo a todos mira.

(Trad. de Fray L. de L.)

El sentimiento religioso impregnaba su admiración a la naturaleza y en todas las cosas veía la gloria de Dios, por eso exclama con frecuencia: «Alabad al Señor moradores del cielo; alabad al Señor creaturas de la tierra.»

Dios en David no es un sér ficticio como los mitológicos, ni el terrible Creador que en su felicidad no alcanza a ver a los mortales, ni piensa como aquellos de sus padres que decían a Moisés al pie del Sinaí: «háblanos tú no nos hable el Señor no sea que muramos.» Dios para David es su amparo, su padre, su consuelo, su confidente, aun de sus debilidades y caídas, su defensor, su apoyo.

Al Mesías lo vio con toda claridad, por eso cuenta su pasión paso a paso, pregona su divinidad, su regia potestad, sus conquistas...

Alcanza también a divisar los fulgores de la Iglesia, ve que:

Florecerá en su tiempo el poderío
Del bien, y una pujanza
De paz, que durará no un siglo sólo,
Su reino rico alcanza
De mar a mar, y de uno a otro polo.
Y puesto ante él postrado
El negro montesino, el enemigo,
El polvo besa hollado,
Los reyes de la mar con pecho amigo,
Y Grecia y los romanos
Con los isleños todos, los sabeos,
Los árabes cercanos
Tributo le darán, y los deseos
De todos los vivientes
A sí convertirá, las más lucidas
Coronas de las gentes
Todas adorarán ante El caídas.

(Trad. de F. L. de L.)

Uno de los rasgos más sublimes de la poesía universal es el himno que cantó al Señor, cuando le embargó la alegría de ver las muchas ofrendas que el pueblo traía para la construcción del templo:

«Bendito eres Señor Dios de Israel nuestro padre de la una a la otra eternidad. Tuya es Señor la grandeza, y el poder, y la gloria y la victoria: Y a Ti la alabanza: porque todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra, tuyas son. Tuyo Señor, el reino, y Tú eres sobre todos los príncipes. Tuyas las riquezas y tuya es la gloria: Tú lo dominas todo, en tus manos está la virtud y el poder: en tu mano la grandeza y el imperio de todas las cosas. Por esto pues, Señor Dios nuestro, te confesamos a Ti y alabamos tu nombre ínclito.»

CAPITULO III

ELEGÍA SAGRADA

La Biblia que guarda la colección íntegra de la literatura hebrea, si en todos los géneros sobresale, en ninguno como en la oda sagrada y en la elegía, por razones clarísimas: el pueblo escogido, intermediario entré Dios y la humanidad, objeto como ninguno de las justicias y misericordias del Señor, en amistad íntima con él, ¿cómo no aprendería a cantar el agradecimiento a su benefactor, qué cuerdas no tendría para implorar sus favores y cómo habría de llorar los pecados con que lo ofendiera?

Y en cuanto a la elegía, ninguna que cante más dolorosamente, si su desgracia es la más grande de las desgracias y ante su tragedia son nada las tragedias todas de los hombres. Desde cualquier punto de vista que se contemple su situación sólo se verá la serie de inmensos cataclismos. Desde el punto de vista religioso, como pueblo teocrático, el amigo de Dios crucificó a su

Dios, el depositario de la ley, llenó el universo con el eco de sus maldades; desde el punto de vista político, jamás llorarán lo suficiente sus ojos la total desaparición de una patria; y desde el puramente humano, ¿cómo comparar con nada las alternativas de gloria e infortunio, de piedad y apostasía, de bendiciones y castigos divinos?

Y así pocas literaturas que hayan resuelto tan bien el problema de las relaciones entre lo bello y lo triste, ninguna que tenga representantes tan excelsos de la elegía, ninguna que haya sabido acordar más la desarmonía del sufrimiento con la armonía exigida por el arte; ninguna que se haya servido como ella de las imprecaciones violentas de la desesperación para manifestar la belleza. Y eso porque en lo antiguo ningún pueblo como ése comprendió el sentido profundo del dolor; ninguno como él vio la esperanza al través del castigo; ninguno como él sintió la grandeza del hombre en presencia de los sufrimientos; ninguno vio la vanidad del tiempo enfrente de la eternidad. Por eso nadie podrá superar el sentimiento y profundidad de esos llantos hebreos, comparables tan sólo con la magnitud de sus catástrofes.

No entraremos a hacer un análisis del género elegíaco de la Biblia, pues basta hojear esos poemas para comprender la grandeza de sus artistas, y se siente uno incapaz de criticar esa poesía del dolor en un pueblo de caracteres tan excepcionales, que cuenta en su historia la historia de Dios y cuyas tragedias tienen ecos como los truenos del Sinaí y la rotura del velo del santuario.

Plagada está la Escritura de llantos y de quejas.

No mencionaremos a Job, el gentil, el que congojó todos los dolores, el que más sabe de soledad, aquel

de cuyas maldiciones puede decirse verdaderamente: por aquí ha pasado el dedo de Dios.

Callemos el nombre del rey sabio el que saboreó todos los placeres y encontró sólo vanidad de vanidades; el que amontonó riquezas y las halló vanidad de vanidades; el que coleccionó glorias y las llamó vanidad de vanidades; el que alcanzó sabiduría y le dio el nombre de vanidad de vanidades; el que coleccionó amores y los catalogó como vanidad de vanidades; él caracterizó la desoladora monotonía de los tiempos y el horrible balanceo de los siglos con la atrevida frase de: «Qué es lo que fue? Lo mismo que será.»

Dejemos a David cuyos ecos resuenan todavía cuando llora la desgracia de su pueblo, la traición de sus amigos o la ruina de su propia alma en los salmos penitenciales (1).

(1) Transcribimos un ensayo de traducción del hebreo a verso hexámetro latino de una de las elegías del salterio (salmo 136).

Hebraei—Dum domibus extorres, languemus peregrini
Et fracti bello, fessique via, patria aegre
Depulsi; adest miseranda Sionis imago
Mentibus, tecta jacentia, disjectae misere arces,
Inque tuis, Solyme, ipsius tumultata ruinis!
Nam flendo turbavimus exera flumina moesti
Quibus vix licet infandum lugere dolorem,
Afflicti vitam in tenebris luctuque trahendam
Urbis excitium sacrae, magnosque labores.
Plectra silent, ramis salicum pendetia. Fides,
Tinnula vox litui, nabliique, silentia cistra
Organaque, exilibus, muta esto. Barbarus adest
Victor incusans captae suspiria turbae,
Jubens de modulis sacris ipsis promere carmen:

Chaldaei—Instaurate melos, quo laetabamini templo.

Hebraei—Ergone divinum terra audiet impia carmen?

Me prius arguta desuetum psallere dextra,
Dulcis amor citharae et festivi gloria cantus
Deficiet, gelidoque haerebit lingua palato,

Y pasemos al triste por excelencia, Jeremías. En sus cuerdas se oye el quejido de los niños de Jerusalén y el derrumbamiento de sus murallas, y su templo; la voz del poeta que lamenta sus desgracias personales, ahogada por la voz del patriota que ruge ante las de su nación y de su pueblo; esos acordes dan la impresión de la absoluta soledad, del absoluto abandono, al través de ellas alcanzan a oírse las carcajadas irónicas de los enemigos; allí asistimos a las luchas de un alma que hora los pecados de su patria, sonríe a la esperanza en medio de la desesperación; invoca la misericordia de su padre y maldice también en nombre de la justicia de su Dios y Señor.

En los dos primeros capítulos abarca el desastre completo de Jerusalén; redúcese en el tercero a cantar su propio corazón; como temeroso de no haber completado el cuadro de horrores que se propuso, vuelve en el cuarto a prodigar las notas sombrías, para concluir en el quinto con una plegaria de suprema humildad y de suprema confianza, que suaviza el amargor de las quejas, porque al través de las lágrimas vislumbra la posibilidad del remedio, y que es como el coro que en la tragedia griega cantaba después de la catástrofe alguna frase de consuelo.

Quam laudem, et vestros umquam obliviscar honores,
Laetitiae prima nobis esto jugis origo.

At tu, Omnipotens, qui numine regibus mutas,
Sortem ac gentibus, hoc facinus punire memento,
Ora retunde exosa.

Chaldaei Citi! Evertite muros
Jam portas excindite: vos occumbite leto!

Hebraei—Infelix, Babylon vastatrix, crimina solves,
Quae mala tu nobis egisti repetet Ultor.
Ille beatus, qui puerorum capita trudit
Saxis: has aequa clades mercede rependens.

CAPITULO IV

COMPARACIÓN CON LA LITERATURA CLÁSICA

No tratamos de armonizar ni amalgamar cosas que no tienen contacto, que no se someten una a otra. La literatura clásica y la bíblica son dos reinas independientes, ambas soberanas, vestidas de gloria, tienen su imperio en las letras y por servidora a la belleza, pero la una viene del cielo, la otra nace de la razón, la una habla un lenguaje primitivo, otra el culto idioma ático. Pero es bueno al estudiar las letras divinas volver los ojos a las humanas y ver en qué se separan y cómo se diferencian.

La literatura clásica nace de la razón que idealiza la naturaleza, sin dejar que la imaginación o el sentimiento pasen por encima de la verdad, «el arte embelleció la verdad, y la verdad señaló la meta al arte.»

La literatura que estudiamos es como un brote espontáneo de la naturaleza, que no conoce el convencionalismo de las reglas ni la moderación que los griegos tuvieron hasta en sus entusiasmos líricos. No acierta a distinguir los géneros: no se sabe si Moisés escribió historia o epopeya, si Ester o Judith son monografías, cuadros dramáticos o poemas patrióticos.

El clasicismo es fruto de la sumisión a las leyes retóricas; la literatura de Israel no se acomoda a ninguna clase de reglas sino las funda, es un brote natural, una fusión de la poesía humana con la inspiración divina, que forman un confuso torrente.

Los móviles y los fines de ambas son opuestos. Ambas nacen de la religión, pero una de la mitología ideada por los griegos, la otra de la primitiva religión patriarcal, la una pretende enseñar al pueblo a cumplir la ley, la otra sólo busca las expansiones líricas o el aplauso popular. Por eso los paganos comenzaban:

Musa, mihi causas memora. David en cambio decía: «Cantadle al Señor un canto nuevo» o «Alabad todos al Señor.» «Abrid, Señor, mis labios, y cantará mi boca tus alabanzas.»

Echemos una ojeada sobre los diversos géneros:

Las epopeyas clásicas primitivas son el exponente de los ideales de un pueblo niño; las literarias son esfuerzos de artificio; en ambas se encuentra el mérito de acomodarse a los sentimientos del pueblo y expresar sus ideas. Moisés en cambio cuenta, no lo que interesa a una nación sino la historia del mundo, su protagonista no es un héroe fabuloso, sino Dios, no se acomoda a ninguna clase de ideas sino legisla y manda, y su ley es la natural y divina.

El mayor sabio de Israel, y el supremo exponente de la sabiduría gentilica, alabaron la virtud en términos tan parecidos que parece que Aristóteles en su himno a Hermías no hiciera sino un resumen de lo que Salomón enseña:

Ἀρετὰ, πολύμοχθε γένει βροτείῳ,
θερμα καλίστον βίῳ,
σᾶς πέρι, παρθενε, μορφας
καὶ θανεῖν ζαλωτὸς ἐν Ἑλλάδι πότμος
καὶ πονοὺς τλῆναι μαλεροὺς ακαμαντας
τοῖον ἐπὶ φρενα βαλλεις
παρπόν ἐξ ἀθανατον χρυσοῦ τε κρεισσω
καὶ γονεων μαλακαυγήτοιο θ' Ὑπνου (1).

- (1) Oh virtud! tan preciada y tan costosa
Al linage de miseros mortales,
Atracción del vivir la más hermosa,
Por ti, oh Virgen de formas divinales,
Mil penas arrastrar, hasta la muerte,
Es en la Grecia codiciable suerte.

Cómo siembras en lo íntimo del pecho
Rico fruto inmortal, mejor que el oro
Y el sueño blando y el paterno techo.

(Trad. del Dr. Renjifo).

Que no es sino lo que habían dicho los libros sapienciales: es infinito el número de los necios. Antepuse la sabiduría (que es lo que Aristóteles llama virtud) a los reinos y tronos y juzgué que las riquezas nada son en comparación de ella; ni comparé con ella las piedras preciosas: porque todo el oro en su comparación es un poco de arena y la plata es como el lodo. La amé más que la salud y la hermosura, y propuse tenerla por luz: porque es inextinguible su resplendor.... es la raíz y fuente de inmortalidad.

El interés dramático de Sófocles, Plauto o Virgilio no admite comparación con las sencillas narraciones de la historia de José, de Judith o de Ester: uno de los rasgos más patéticos de la literatura clásica es la despedida de Hector y Andrómaca:

“Δαμονίη, μή μοί τι λήν απαχίξω θυμῷ
οὐ γάρ τις μ' ὑπὲρ αἴσαν ἀνὴρ Ἀἶδι προΐσται·
Ἄλλ', εἰς οἶκον ἰούσα, τὰ σ' αὐτῆς ἔργα κόμιζε,
ἰστόν τ' ἡλακάτην τε, καὶ ἀμφιπολοῖσι κέλευε
ἔργον ἐποιχεσθαι· πόλεμος δ' ἄνδρεσσι μελήσει
παῖσιν, ἔμοι δε μάλιστα, τοῖ Ἰλίου ἐγγεγάασιν” (1)

Comparémosla con el siguiente episodio del libro de Ruth: «Vuélvete, hija mía, dice Noemí a Ruth al querer despedirse de ella, vuélve a tu casa y a tu pueblo: porque yo estoy ya acabada por la vejez. No te vengas conmigo porque tu angustia aumenta la mía y la mano del Señor está levantada contra mí. Y Ruth respondió: No te me opongas más para que te aban-

(1) Desgraciada, no se entristezca demasiado tu corazón por mí; nadie puede precipitarme en la muerte antes de la hora señalada por el destino. Vuélve a tu casa, ocúpate en tus quehaceres, toma el tejido y la rueca y vigila a tus sirvientas, que la guerra es el oficio de los varones que hemos nacido en Ilión, y principalmente el mío.

done, porque a donde quiera que fueres iré, y donde morares, yo también moraré. Tu pueblo será mi pueblo; tu Dios será mi Dios. En la tierra que te recibiere en tu muerte en esa moriré y allí tendré el lugar de mi sepulcro.»

Catulo y después Ovidio lograron cristalizar sus dolores en las joyas de sus elegías, de modo que al través de los tiempos y a pesar de no participar de las desgracias del poeta, conmueven nuestra alma y nos sentimos agobiados por la amargura de que impregnaron sus escritos para eternizar sus lamentos. Es verdaderamente sublime la poesía puesta al servicio de una pena. Pero más lúgubres todavía resuenan los lamentos de Jeremías sobre las ruinas de la ciudad sagrada, son más enérgicas sus frases, es su dolor más sublime. Ezequiel se levanta como una figura fatídica, que increpa y amenaza y luego canta las elegías de las desgracias que anuncia; en sus terríficas visiones reprende y llora, amenaza y se duele, pues unas veces habla en nombre de Dios y otras en nombre de su pueblo.

Job no se limita a lo que pudieramos llamar simple elegía; llega a decir:

Este morir viviendo noche y día,
Así me enfada ya, que sin respeto
Las riendas soltaré a la lengua mía.

Diré mis amarguras en secreto;
Señor ¿condenarás a un atrevido,
Ni me dirás razón de aqueste aprieto?

¿Es bueno ante tus ojos oprimido
Tener con violencia al que es tu hechura
Y dar calor al malo a su partido?

¿Tus ojos son de carne por ventura.
Tu vista cual la humana? tu partido
Tu sér es como el sér de la criatura?

Y Dios le dijo que no había pecado: era tan grande su dolor!

En la poesía bucólica la diferencia es mayor, la comparación no se puede hacer sino por antagonismo; la clásica es pura ficción, la bíblica es la misma espontaneidad; la una es inverosímil porque unos pastores no saben decir lo que Virgilio pone en sus églogas, la otra embarga el alma con las delicias del aroma de los campos sazonado con los idilios más suaves que los de Teócrito y más sencillos que los de Catulo o Tibulo.



A la derecha del trono de Jesucristo vio Salomón a una reina vestida de oro y variedad, rodeada de hermosura y belleza y adornada de riqueza y pedrería; cuya belleza enamoró al Rey de la gloria. Esta Reina esposa del Eterno, según los santos Padres es la Iglesia, pero está todavía peregrinando. Jesucristo la dejó porque se fue a recibir su reino. Y la Esposa le manda una embajada al Rey de los cielos y para esto comisiona a sus representantes oficiales que son los sacerdotes y pone en su boca las palabras de la poesía hebrea.

JOSE EUSEBIO RICAURTE, Pbro.
Doctor en filosofía y letras del Colegio.

